

# Testimonio sobre el tiempo del Holocausto durante la Segunda Guerra Mundial

AMERICO GRUNWALD KRAUS\*

Mi nombre es Américo Grunwald. Nací en Oradea, Transilvania, región que perteneció hasta 1919 al Imperio Austro-Húngaro. Al término de la Primera Guerra Mundial, en virtud del Tratado de Versailles, la región fue entregada a los rumanos. Como nací en 1923, soy rumano de nacimiento, pero chileno desde 1954.

Crecí y estudié en Rumania, y en el colegio aprendí rumano y francés. No obstante, como mis padres eran húngaros, se hablaba esa lengua en mi hogar. Además, a partir de los cinco años asistí a la escuela vespertina donde me enseñaron a leer la *Biblia* en hebreo. En la Universidad de Cluj realicé mis estudios de Odontología y, conjuntamente con ellos, opté por aprender alemán.

Ya en plena Segunda Guerra Mundial, a comienzos de 1940, se convierte Hungría en aliada de Alemania. A consecuencia de ello, presionada por el Reich, Rumania le devuelve a Hungría la región de Transilvania. Sin embargo, una vez terminada la Segunda Guerra Mundial y conforme a una exigencia de la Unión Soviética, vuelve esa región a Rumania.

En 1940 comienzan las persecuciones contra los judíos que viven en los

\*AMÉRICO GRUNWALD KRAUS: Guía espiritual de la comunidad israelita de Concepción, sobreviviente de Auschwitz.

países europeos ocupados por los alemanes y sus aliados. El régimen húngaro, en un acto de colaboración con el Reich, decide deportar de su territorio a todos los ciudadanos de origen judío, cualquiera sea su nacionalidad.

La primera experiencia de lo que significaba la “solución final” del problema judío para el régimen nazi se produce en Hungría en marzo de 1944. Las autoridades ordenan sacar a todos los judíos de sus casas, talleres, negocios y fábricas, e incluso de las clínicas de la región. Familias enteras, con sus niños, ancianos y enfermos, son obligadas a reunirse en algún barrio que servía de *ghetto*. La sinagoga es transformada provisoriamente en hospital y para todos no hay más que una cocina. Es el momento cuando muchas personas solas tratan de suicidarse con tabletas de Sevenal. La gran mayoría de ellos logra su propósito, a pesar de los esfuerzos que se hacen para salvarlos. Pero hay muy pocos médicos, y todos los que como yo poseen alguna formación en el cuidado de enfermos acuden para ayudar.

Pasan siete semanas hasta que aparecen en una de las líneas férreas que cruzan la ciudad cerca del *ghetto* unos vagones destinados al transporte de animales. Vuelven a reunirnos nada más que con lo puesto, y nos introducen a todos, jóvenes, ancianos, niños y enfermos, en esos vagones cerrados. Hacinados en más de ochenta personas en cada vagón, se inicia el viaje hacia lo desconocido. No había quién supiera de Auschwitz, de los campos o de las cámaras de gas. Los guardias húngaros divulgan la mentira que se nos lleva a un lugar seguro, con casas, trabajo y alimentación. El tren se detiene cada seis horas para cambiar el personal ferroviario y abastecerse de agua y carbón. Pero nunca durante todo el transporte se abren las puertas de los vagones para entregarnos algo que comer o beber.

El convoy abandona Hungría, atraviesa Checoslovaquia, Alemania, y entra a Polonia, ocupada por el Reich desde 1939. Finalmente, llegamos a Auschwitz y a Birkenau, distante unos tres kilómetros de aquel lugar.

Allí nos esperan enormes barracas de madera, con camarotes de tres pisos y camas donde dormir de a dos. Pero antes de entrar a las barracas debemos pasar por la “selección” a cargo de cuatro médicos de la SS. Mientras avanzamos por filas separadas por sexos, apartan a los menores de catorce y mayores de cuarenta y cinco años y los envían a la izquierda. Luego, según apreciación ocular, clasifican a las personas según si las consideran aptas para los trabajos forzados, y envían a unos a la derecha, y juntan a otros con los de la izquierda. Estos, entre quienes se encontraba toda mi familia, son los destinados a las cámaras de gas.

A los condenados a muerte los llevan a barracas, donde les quitan su documentación, los recuerdos familiares y todo objeto de algún valor. Luego los obligan a desvestirse con el argumento de que se van a duchar. Los introducen en las cámaras camufladas de salas de baño, cierran herméticamente las puertas y permiten que escurra el gas tóxico. Después de unos minutos de sufrimiento caen las personas al suelo y mueren. Los cadáveres son cargados sobre cintas transportadoras y llevadas al crematorio, cuyas chimeneas no se apagan jamás. La columna de humo las podemos observar, los que después de la “selección” formamos en la columna derecha, desde nuestras barracas en Birkenau: ¡Una experiencia aterradora!

En estos primeros días de nuestra llegada permanecemos juntos todos los que nos habíamos salvado transitoriamente de las cámaras de gas. Durante este tiempo no nos encontramos con nadie de los convoyes anteriores. Pero un día se acercan algunos judíos polacos que forman un *Sonderkommando* o “comando especial”. Su función es seleccionar las ropas de quienes habían muerto en las cámaras y retirar de la boca de los cadáveres las obturaciones de oro. Preocupado, les pregunto por nuestros familiares y amigos, a lo que ellos contestan: “¡Mira hacia allá! ¿Ves esas chimeneas que botan mucho humo negro? Por ahí han salido vuestros padres, mujeres, niños, vuestros familiares, parientes y amigos...” Sólo entonces entendemos el verdadero sentido de la “selección” realizada por los médicos de la SS.

Al segundo día de nuestra estadía en Birkenau nos llevan a una barracas especiales donde nos ordenan desvestirnos. Nos quitan todo lo nuestro, y a cambio nos entregan una chaqueta y un pantalón de tela gris celeste, un gorro del mismo material y zapatos con suela de madera. Vestidos con esta indumentaria, sin camisa, ropa interior ni calcetines, soportamos los meses de invierno con temperaturas bajo cero grados centígrados.

Pero además del frío, sufrimos de una higiene deplorable. Muy pronto nos llenamos de piojos que en las noches al llegar del trabajo, muy cansados, tratamos de eliminar. Sólo cada tres meses cambiamos de ropa, no lavada, pero desinfectada al vapor.

Desde Auschwitz nos transportan en tren hasta un lugar llamado Schotterwerk, a 20 kilómetros de Waldenburg. Es un campo de trabajo situado al lado de unas canteras. Ahí permanecemos desde principios de mayo hasta mediados de diciembre de 1944. Nuestra tarea consiste en perforar rocas, dinamitarlas, recoger los fragmentos menores y cargarlas a mano en unas vagonetas. Los trozos mayores se utilizan para construir

caminos destinados a los tanques. Trabajamos asesorados por personal civil y vigilados por guardias de la SS.

La vida en el campo se desarrolla bajo disciplina militar. A las 7.00 de la mañana tenemos que formarnos en el patio para el cómputo diario, en invierno con temperaturas bajo los 15 grados centígrados. No se nos permite abandonar la fila, y permanecemos parados, por lo menos 30 minutos, en espera del oficial de la SS. Cuando llega somos objeto de insultos y burlas motivadas por la miseria que nos aflige.

El 15 de diciembre de 1944 nos vuelven a introducir en los vagones y nuestro grupo de 600 prisioneros es llevado al campamento de Flossenburg. El viaje, que sólo debía haber durado horas, demora ocho días. Las líneas férreas bombardeadas y destruidas obligan a interrumpir el viaje, una y otra vez. Entonces, los prisioneros somos obligados a caminar, apenas alimentados, mal vestidos y mal calzados y bajo temperaturas invernales. Sólo llegamos 120 personas. El resto muere de frío, de hambre, de sed, de inanición o, simplemente, porque está cansado de vivir.

Hasta hoy pienso que sigo con vida gracias a un milagro. A mis compañeros les decía, cuando veíamos volar a los bombarderos aliados: "La guerra está por terminar, tengamos valor, aguantemos, esto no puede seguir así por mucho tiempo más". Además, acostumbraba a cantar y contarles chistes para reconfortarlos. Es cierto que sólo nos salvamos los más fuertes y optimistas, pero igualmente creo que nos ha protegido Dios.

Las condiciones de vida en Flossenburg son deplorables. En la mañana recibimos medio litro de café de cebada tostada, sin azúcar. El almuerzo consiste en una sopa de un subproducto de la remolacha cocida en agua y sal. En la noche, al volver del trabajo, recibimos 200 gramos de pan negro hecho de harina y afrecho. Este es el único alimento sólido en 24 horas.

Los prisioneros bajan continuamente de peso. Personalmente llego a pesar 50 kilos al final de la guerra. Diariamente mueren los más débiles que entonces cargamos en camiones para llevarlos fuera del campamento. Cerca de un bosque cavamos zanjas en las que introducimos hasta cincuenta cadáveres. Los colocamos a lo largo, luego otros en forma atravesada y, finalmente, los cubrimos de tierra y cal.

Unos mueren por debilitamiento, otros por enfermedad, debido a las pésimas condiciones higiénicas del campamento, y por inanición. La letrina es una gran barraca con un surco profundo y ancho al medio y un tablón largo a cada lado. Nos sentamos uno junto al otro, y lo mismo los del frente,

dándonos la espalda. En las paredes laterales de la barraca existen unas cañerías perforadas de las cuales sale agua fría pero en poca cantidad. Nunca recibimos jabón, ni toallas, ni papel confort.

En Flossenburg nos dedicamos a reparar las líneas férreas bombardeadas. Después de nueve semanas nos trasladan a Offenburg y luego a Donaueschingen. En todos esos lugares debemos trabajar en la reposición de los rieles, sólo que ahora con herramientas y acompañados por un asesor civil. La comida es algo mejor, y con simpatía recuerdo el Viernes Santo de 1945, cuando el cocinero húngaro le agrega a la sopa diaria de cada uno de nosotros una papa.

Finalmente, ante los permanentes ataques aéreos y el avance de las tropas francesas, nos trasladan a Immendingen. Pero cuando un avión sobrevuela el convoy y ametralla a la locomotora, se nos obliga escondernos bajo los vagones del tren. Nos alistamos al oscurecer, y marchamos los 25 kilómetros faltantes. Llegamos muy cansados a la estación de ferrocarriles, donde nos encierran en los carros de un convoy bombardeado. Dormimos y al despertar nos percatamos que los guardias habían huido.

Estamos libres, pero necesitamos alimentos, ropa, un lugar donde asearnos y permanecer. Nos dispersamos, unos para recorrer los vagones otros para buscar qué comer. Los que sabemos hablar alemán nos aproximamos a un aserradero situado al frente de la estación. Al dueño que sale a nuestro encuentro le explicamos quienes somos. Su respuesta: "Nuestra barraca no tiene personal, todos están en la guerra, todo está desocupado, pero hay algunas piezas con baños, duchas y toallas. ¡Usenlas!" Creemos estar en el *taj-mahal*.

Mientras tanto, otro del grupo prepara un estofado húngaro con una carne en tarros, muy gorda, que encontramos en los vagones del tren. Lo comimos, el hambre nos lleva a tragar todo, pero al otro día el 70% del grupo se enferma. Estamos desacostumbrados de comer tanto y tan grasoso. Dos días después aparecen tropas francesas. Examinan a los enfermos y ante su estado crítico los trasladan a Tuttlingen. Más tarde sabemos que la mayoría fallece en el hospital.

Algunas semanas después tarde nos organizamos para viajar a Konstanz. La alcaldía y la gobernación francesas nos entregan documentos que nos identifican como ex prisioneros de un campo de concentración.

He perdido a todos mis familiares en las cámaras de gas de Auschwitz. Sin embargo, no siento rencor. Sólo condeno el régimen totalitario,

antisemita e inhumano del Tercer Reich, que engendró en su pueblo el odio hacia otras naciones. ¡Que nadie olvide el daño causado por el hitlerismo fanatizado! Su teoría racista, equivocada y venenosa, aniquiló a más de un tercio de un pueblo milenario que le ha dado *Los Diez Mandamientos* a la humanidad. Espero con confianza, que con la ayuda de mentes libres de prejuicios dañinos y con la ayuda de Dios, aprenda el mundo de esta época oscura y triste. Anhele que nadie dude que los pueblos de todas las razas, costumbres y religiones son criaturas de Dios que pertenecen a una sola humanidad.

Pero no se debe negar la historia de lo ocurrido. Por eso es importante que los pocos sobrevivientes de aquella época dejemos el testimonio de aquel triste episodio de salvajismo, del *Holocausto* durante la Segunda Guerra Mundial.

Perdonar sólo puede Dios...

Nosotros sólo recordaremos-*para no olvidar.*



*Totenkammer.* Waldemar Grzimek. (Tomado de Hans Helmut Jansen (Hrsg.), *Der Tod in Dichtung Philosophie und Kunst*, Steinkopff-Darmstadt, Darmstadt, 1989).